

Serie X

Abril de 1894

Núm. 69

# ANALES

DE LA

## UNIVERSIDAD DE QUITO



### SUMARIO:

AREA HISTORICA

EL SEÑOR DOCTOR DON MIGUEL EGAS.—CRYPTOGAME VASCULARES QUITENSES, por el R. P. Luis Sodiro, S. J.

QUITO

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

CARRERA DE GARCÍA MORENO

1894

# ANALES DE LA UNIVERSIDAD

EL SR. DR. D. MIGUEL EGAS.

Para honrar la memoria del distinguido Profesor de Medicina Legal é Higiene Pública, Sr. Dr. D. Miguel Egas publicamos lo siguiente:



Que los Sres. Dr. D. Luis Felipe Borja, Presidente de la Junta Patriótica de Pichincha y D. Quintiliano Sánchez, Ministro Juez del Tribunal de Cuentas, pronunciaron poco antes de que se verifique la inhumación del cadáver del referido profesor:

AREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

SEÑORES:

El Directorio de la Junta patriótica del Pichincha, que lamenta la pérdida de uno de sus miembros más distinguidos, me encomendó anoche dijera cuatro palabras en estos solemnísimos instantes.

Ni la premura del tiempo ni el estado del ánimo permiten un discurso académico. ¿Cómo escribirlo, si el dolor pone trémula la mano, despedaza el corazón y embarga la mente? ¿Cómo pronunciarlo si, convulsos los labios, apenas aciertan á balbucir palabras entrecortadas por los sollozos? ¿Ni cómo lo escucharíais vosotros, en cuyos mustios y acongojados semblantes se pintan el pesar y la amargura?

La familia vierte acerbo llanto por el mejor de los padres, el más perfecto modelo de domésticas virtudes.

La amistad, por el amigo afable, generoso, sincero, fidelísimo.

La cátedra, por el maestro de cuyos labios brotaban raudales de saber y de elocuencia.

Las letras, por el escritor castizo, elegante, cuya pluma defendió sin tregua ni descanso la verdad y la moral, cuyo talento nunca se vendió á la adulación ni á la vil lisonja.

El Poder Judicial, por el magistrado probo, severo, inflexible, firme guardián de las instituciones, vigilantísimo custodio del Tesoro Nacional. La justicia, la ley, el derecho se resguardaban bajo su protección; y terror pánico inspiraba á la venalidad, el fraude, el crimen.

La Patria, por la pérdida de uno de sus más egregios ciudadanos. El Sr. Dr. Egas abrazó siempre la causa del orden y la libertad, sin transigir ni un instante con la demagogia ni el despotismo; tenía inculcados en sus venas los principios republicanos; fué el “varón constante, íntegro y justo, que miraba impasible el furor de la plebe depravada y el rostro del tirano feroz”.

La familia, la amistad, la cátedra, la magistratura, la República están de duelo; é inconsolables ven abrirse la tumba, donde van á sepultarse las más eminentes virtudes, la más heroica magnanimidad.

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

*Luis F. Borja*

---

SEÑORES:

“Este cuerpo que, con verdadero dolor, venimos á depositar en la tumba, albergó una alma enriquecida por la fe, la inteligencia, el patriotismo y las virtudes cívicas más acendradas y puras.

“He aquí el varón benemérito de la patria, envejecido en las prolongadas labores del magisterio, de la magistratura y del estudio.

“Una cátedra en la Universidad de Quito, una Sala en el Tribunal de Cuentas y una silla en la Academia Ecuatoriana, quedan hoy enlutadas, y los numerosos amigos y discípulos y admiradores del SR. DR. D. MIGUEL EGAS, sobrecogidos de pesar ante sus restos mortales, no tenemos voz más elocuente, que el brote de nuestras lágrimas.

“En vano ese grupo de huérfanos, que llena con sus plañidos el hogar triste y sombrío, en vano el acento filial y la amistad atribulada llamarán al muerto ilustre.

“Ya no responde.

“Cuán pavoroso es, Señores, el silencio del sepulcro.

“Hoy es el hombre y mañana no parece, dijo un ascético y profundo pensador. Esta verdad, ya tan sabida, renueva, sin embargo, nuestro dolor y experimentamos tan desconsoladora realidad en la magna pérdida que deploramos. Ella impele el alma á profundas meditaciones. al ver que la vida más dilatada, al llegar aquí, delante de las tumbas, no es sino un rápido momento.

“El tiempo pasado es caminante que, rendido de la prisa del viaje, se tiende, para no volver á levantarse. Las flores que deshojó en la jornada, son recuerdos que

pronto se pierden, arrebatados por el viento de la inconstancia humana, ya que el hombre, quitado de la vista, luego se va también de la memoria.

“Por esto, es propio de patriotas agradecidos y sensatos recojer, para que no desaparezcan, algunas de esas flores que simbolizan virtudes dignas de imitación y de alabanzas.

“Mas de cuarenta años de profesorado laborioso y lucido, períodos sucesivos de magistrado probo, constante y erudito, nos presentan al SR. DR. D. MIGUEL EGAS, como á varón digno de la patria á quien sirvió.

“Bien podemos, por lo mismo, escribir su nombre en el elenco fúnebre donde figuran los Salazares, los Cevallos, los Gómez de la Torre y los Portillas.

“La entereza de carácter del SR. DR. D. MIGUEL EGAS y su conocida competencia para los cargos públicos, le granjearon el aprecio y el respeto de sus compatriotas, y en el Congreso y en la Academia, de la cual fué Tesorero, sus consejos fueron siempre oportunos y juiciosos.

“En cuantos destinos ocupó dió muestras de talento, probidad, cultura y delicadeza, llevada, si se quiere, hasta la más nimia escrupulosidad, defecto hermoso, que nos complacíamos en advertírselo sus compañeros y amigos.

“Señores, en medio de la augusta y fúnebre solemnidad de un entierro, y cuando aún resuenan los últimos ecos de los cantos de la Iglesia, debe también decirse sin ambages la verdad. Las virtudes cívicas del SR. DR. D. MIGUEL EGAS resplandecen aún más ahora, si consideramos que, tras dilatados afanes, estudios y trabajos, muere pobre, con esa pobreza honrada que tanto dignifica y hace más meritoria la vida de los hombres grandes, cuando sus servicios á la patria aparecen circundados de la aureola que forman la abnegación y el desinterés.

“Nuestro caro amigo muere pobre de bienes de fortuna, pero rico de merecimientos, y fué, como piadosamente lo creo, á gozar de los bienes de la eterna felicidad.

“Descender á la tumba colmado de méritos, querido de sus compatriotas, encanecido en el trabajo, cumplidos muy bien los deberes sociales, con la fe como antorcha, con la esperanza que alienta el espíritu cansado de la vida, con la caridad que vivifica y engrandece, y

atrae al seno de Dios, es la única y verdadera felicidad de las almas grandes, de esos hombres que, como el Sr. Dr. Egas, pueden llamarse sabios, porque saben acumular virtudes para no ir vacíos á la *casa de su eternidad*.

“Así, nada importan los bienes terrenales, si, en cambio de faltarnos éstos, ganamos inmortalidad en el cielo, respeto y admiración en la tierra.

“Llega la hora de inhumar ya los restos del notable hombre público cuya muerte nos tiene contristados. Para concluir, perdonadme, Señores, que yo también, por mi parte, le pague mi deuda especial de amigo y compañero.

“La fraternidad en las desgracias es consoladora y duradera, y los lazos que nos unen en la adversidad, rara vez se desatan.

“Yo te soy agradecido, oh noble amigo, y el tributo de mi gratitud, ya que otra cosa no tengo, es tributo de lágrimas.

“Cuando la proserpción nos unió íntimamente en el hospitalario suelo de Colombia, tú pobre, pero generoso, partiste conmigo el pan del desterrado, y tuve en tu hogar sonrisas y consuelos.

“Este recuerdo del amigo, unido al de tus méritos de patriota, será para mi inolvidable.

“Descansa en paz, llorado compañero. Tú eres feliz, y tu hogar es sólo el desgraciado, y el falta de calma y consolación. Por eso me parece que el ángel guardián de tus nietezuelos, los compadece más y despliega sobre ellos sus alas enlutadas.

“Descansa en paz, tú, que espiraste tocando con la frente venerable la cruz de Jesucristo, y nos dejas la santa envidia de morir así resignados, dichosos y sentidos”.

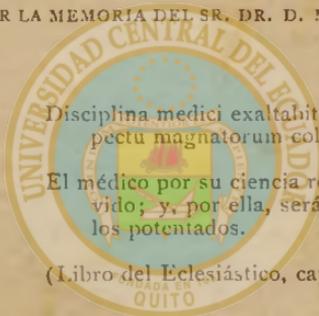
*Quintiliano Sánchez*

# DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

SEÑOR DOCTOR FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ,

EL 10 DE ABRIL, EN LA IGLESIA DE LA MERCED, CON MOTIVO DE LAS SOLEMNES EXEQUIAS, QUE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE QUITO MANDÓ CELEBRAR AQUEL DÍA, PARA HONRAR LA MEMORIA DEL SR. DR. D. MIGUEL EGAS.



*Disciplina medici exaltabit caput illius, et in conspectu magnatorum collaudabitur.*

El médico por su ciencia redimirá su nombre del olvido; y, por ella, será alabado en presencia de los potentados.

(Libro del Eclesiástico, cap. XXXVIII, ver. 3<sup>o</sup>)

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

ILMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO,

EXCMO. SR. PRESIDENTE,

SEÑORES:

Siempre que el sacerdote ha de dirigir la palabra á un auditorio católico desde la cátedra sagrada, conviene que busque su inspiración en los Libros Santos, á fin de que sus discursos reciban autoridad de las enseñanzas reveladas por el Espíritu Santo. Fiel en guardar esta máxima, principio ahora mi discurso, abriendo la Divina Escritura, para leer en ella un hecho muy célebre, que aconteció en los primeros años del reinado de Salomón.

Un día se presentaron delante del más sabio de los Reyes de Judá dos mujeres, litigando sobre un niño, de quien cada una de ellas sostenía que era la verdadera madre. Señor, dijo la una, proponiendo su demanda: yo y esta mujer habitábamos juntas en la misma casa, y sucedió que ambas diéramos á luz un niño: yo dí á luz el mío en el aposento de ésta; y, tres días

después, ella dió á luz el suyo en el mismo aposento, donde morábamos las dos solas: nos hallábamos las dos juntas y no había en la casa nadie, sino nosotras dos. Mas el hijo de esta mujer murió, porque estando ella durmiendo lo sofocó: viendo á su hijo muerto, se levantó en altas horas de la noche y hurtó al mío de mi lado, mientras yo dormía, y puso en vez del niño vivo el niño muerto. A la mañana, cuando aclaró el día, mirando yo atentamente al niño, reconocí que no era mi hijo.— Mientes, repuso la otra: tu hijo es el muerto, y el mío está vivo; y contendían y porfiaban las dos, disputándose el niño vivo: ninguna quería reconocerse por madre del niño muerto.—Después de escuchar á ambas, traédme un cuchillo, dijo Salomón, y partid ese niño vivo: dad la una mitad á la una, y la otra mitad á la otra. Oyendo tan no esperada sentencia, la verdadera madre del niño vivo exclamó: ¡oh Rey! os ruego que no mateis al niño: dádselo vivo á ella! . . . La falsa madre, al contrario, decía: No sea mío ni tuyo: divídase.

Entonces, pronunciando sentencia, dijo el Rey sabio: la verdadera madre es la que no consiente en la muerte del niño (1).

En esas dos madres encuentro yo, Señores, un símbolo precioso de la Religión cristiana y de la Ciencia experimental, que litigan en este momento ante el tribunal de la civilización moderna sobre la posesión legítima de la verdad: la Religión cristiana y la Ciencia experimental están justamente ufanas con la casta fecundidad de la verdad; pero la Ciencia, abusando del criterio de la experiencia sensible, sofoca la verdad y le da muerte: viéndose luego huérfana de la verdad, disputa la posesión de ella á la Religión: ésta sostiene la vida de la verdad, con la que ha iluminado al mundo: la Ciencia, una vez extraviada, tiene envidia de la Religión, y prefiere dar muerte á la verdad, antes que verla en el regazo de su rival.

La Religión revelada posee y enseña la verdad; la Ciencia inquiere, investiga y descubre la verdad; y entre las dos no puede haber contradicción, porque la verdad es una, y el conocimiento sobrenatural de la verdad por medio de la Revelación no es sino una claridad mayor, con cuyo auxilio la inteligencia humana adquiere certidumbre de lo verdadero, y conoce verdades, que con solas sus fuerzas naturales no habría podido alcanzar á descubrir jamás. ¿Cuándo se suscita contradicción entre la Ciencia y la Religión, sino cuando la Ciencia ahoga la verdad, á cuyo conocimiento había llegado mediante las fuerzas naturales de la razón humana? El criterio de la experiencia de los sentidos mata la verdad, cuando la Ciencia, como la madre descuidada del Libro de los Reyes, se entrega al sueño, es decir no admite como cierto sino lo que palpan los sentidos: la verdad, entre tanto, yace tranquila en el regazo de la Religión, siempre

(1) Libro tercero de los Reyes, cap. 3º

atenta, siempre vigilante para conservar intacta la fe en el mundo. La contradicción entre la Religión católica y las ciencias experimentales es, pues, imposible: las contradicciones aparentes nacen ó de que la Religión no es bien conocida, ó de que la Ciencia no ha alcanzado todavía la plena posesión de la verdad. Por esto es un deber de todo católico sincero mantenerse firmemente adherido á las enseñanzas de la Iglesia romana, y en el ejercicio de una profesión científica cualquiera ajustar siempre su conducta á las máximas cristianas.

¿No será, por lo mismo, digno de elogio el varón íntegro, que amó la Religión con sinceridad, y cultivó las ciencias, guiado en la investigación de la verdad por el recto criterio católico? ¿No merecerá alabanza el médico, que practicó él mismo la Religión, y la hizo practicar sin respeto humano á los que ponían en sus manos su salud y su vida temporal? ¿No será acreedor á las bendiciones de la posteridad el profesor, el maestro de la juventud, que repartió siempre á sus alumnos la fortificante enseñanza de la verdad, sin sombra de dudas, ni mezcla de errores? ¿Habrá alguien que consure este homenaje solemne de respeto y consideración tributado al mérito, tanto más digno de honra, cuanto más modesto? . . . ¡Ah! Señores, todos vosotros estais haciendo ya, antes que yo pronuncie su nombre, el elogio del SEÑOR DOCTOR DON MIGUEL EGAS; y es grande la ventaja del orador, cuando no ha menester de esfuerzo ninguno para poner de manifiesto los méritos de aquel á quien debe alabar, porque esos méritos son de todos conocidos. Vosotros me ahorrais el trabajo de probar los méritos del Sr. Dr. Miguel Egas: vuestra presencia en este lugar, el motivo de vuestra reunión en este templo y el encargo, con que la Corporación universitaria me ha honrado, hacen innecesario todo empeño para encontrar merccimientos en el ilustre finado: vosotros no sólo confesais que los tuvo, sino que habeis querido que por ellos sea honrado con esta demostración solemne y pública.

## I

En la fisonomía moral del Sr. Dr. D. Miguel Egas hay un rasgo notable, que es su carácter distintivo: la rectitud, era hombre recto. Vió la luz de la vida en la pintoresca población de Otavalo: recibió la primera educación en el hogar doméstico y vino á la capital, provisto del inapreciable tesoro de las enseñanzas cristianas, inculcadas por sus padres. Dedicóse al estudio y fué siervo de sus deberes de colegio, como más tarde lo fué de sus obligaciones de profesor, de ciudadano y de magistrado; asiduo en el trabajo y esmerado en el desempeño de todos cuantos cargos ó destinos públicos desempeñó en su vida.

Fué profesor de Filosofía largos años en el Seminario consiliar, miembro del Ayuntamiento de Quito, Diputado en varios congresos constitucionales, individuo de la Academia ecuatoriana correspondiente de la Real Española de la lengua, catedrático de la Facultad médica en la Universidad Central de Santo Tomás de Aquino, y Ministro juez en el Tribunal de cuentas de la República. Todos estos cargos honoríficos fueron justicia hecha al mérito, no mero favor dispensado á la ambición.

Fundada en Quito la Academia ecuatoriana, el Dr. Egas fué llamado á ocupar uno de sus sillones: los méritos de un largo profesorado, durante el cual había iniciado á más de diez generaciones de alumnos en los principios de la ciencia, reclamaban para el distinguido catedrático un asiento en ese como Olimpo del saber, donde se congregaban los beneméritos de las letras ecuatorianas.— Cuando García Moreno, (aquel varón egregio, que tan de corazón amaba á la patria), comenzó sus moralizadoras reformas políticas, fundó y organizó el Tribunal de cuentas, á fin de que los caudales públicos fuesen administrados con acrisolada honradez, y entonces entre los varios ciudadanos, que designó para tan importante cargo fué uno el Dr. Miguel Egas: elección tanto más honrosa, cuanto en punto á ciertas cuestiones políticas el Dr. Egas no estaba de acuerdo con el Presidente García Moreno. Sin embargo, aquel insigne Magistrado puso los ojos en el Dr. Egas, cuya integridad le era bien conocida, y lo constituyó ministro juez del Tribunal, que para el mejoramiento de la República acababa de fundar.— Después de García Moreno se han sucedido varios Gobiernos, y solamente uno separó del Tribunal de cuentas al Dr. Egas: ¿cuál fué ese Gobierno? ¡El mismo que, retirando al Dr. Egas del rectorado de la Universidad Central, lo proscribió, lo arrojó fuera de la tierra patria y lo condenó á destierro indefinido . . . . Pero, Señores, no hay pueblo civilizado que no cuente en su historia épocas nefastas . . . . El Ecuador las ha tenido también!!! . . . . ¡Oh santa Providencia ¡Tú que riges los destinos de los pueblos, no permitas jamás que el reinado del mal se perpetúe en la tierra ecuatoriana!

En la vecina República de Colombia encontró el proscrito del Ecuador no sólo generosa y franca hospitalidad, sino distinciones y honores tributados por la primera autoridad política del departamento del Sur, la cual confió á la dirección del profesor ecuatoriano el colegio nacional de Pasto. Allí, como en todas partes, el Dr. Egas fué ejemplar en el cumplimiento de sus deberes. Gran elogio es, Señores, para un hombre el poder decir de él, ante un auditorio respetable, que fué modelo en cuanto á cumplir sus obligaciones. Ese amor al deber ¿quién se lo inspiraba al Dr. Egas? ¿Cómo era tan asiduo en el trabajo? ¿De dónde aquella rectitud proverbial? ¿Cuál era el

secreto con que había vigorizado su alma, dándole aquel temple envidiable, que el respeto humano no pudo doblegar jamás? El secreto de su integridad fué su conciencia sinceramente católica, pues en el fondo de una alma sinceramente católica no puede menos de haber fortaleza inquebrantable. Así como para el cuerpo hay miasmas deletereos que lo enferman y enflaquecen, y aires saludables que lo conservan sano y vigoroso; así también para el ánima hay máximas mortíferas, con las cuales se pierde el carácter, es decir la convicción de lo verdadero y la constante práctica de lo bueno: el Dr. Miguel Egas respiró siempre en la serena atmósfera de las doctrinas católicas.

No hay individuo alguno de la familia humana que no tenga un fin, un destino social que cumplir en la vida: la sociedad misma civil es obra de Dios, y está ordenada para el bien y el perfeccionamiento del hombre. Donde quiera, el hombre vive en sociedad y necesita de la sociedad; pero asimismo, cuando viene á la vida trae un fin social, tiene un lugar señalado de antemano en la familia humana, en la cual nada es casual, nada sucede al acaso, porque la sociedad humana, esparcida hacia los cuatro vientos del globo, vive y se mueve bajo las alas maternales de la Providencia. Acertar con su destino social y saber cumplirlo fielmente, he ahí, Señores, el secreto de la felicidad humana.

El Dr. Miguel Egas se conoció con inclinación á la Medicina, abrazó esa profesión social y llegó á ser facultativo en esa tan noble ciencia experimental. Hay instituciones que son esencialmente necesarias á la sociedad, porque las reclaman las condiciones de la naturaleza humana: una de esas necesidades sociales es la Medicina y los médicos: cuando el hombre deje de ser víctima del dolor y el sufrimiento, entonces cesará de ser necesaria la Medicina en la sociedad. Si el hombre no estuviera sujeto en este mundo á dolencias y enfermedades, la Medicina sería no sólo innecesaria sino imposible en la sociedad. ¿Qué es la Medicina sino la ciencia de la salud, aprendida con las lecciones de la enfermedad? Por esto, en la Escritura Santa leemos esta máxima, que es al mismo tiempo una sentencia: Honra al Médico, por la necesidad que tienes de él, pues el Altísimo es quien lo ha criado. *Honora medicum propter necessitatem: etenim illum creavit Altissimus* (2).

Siendo la Medicina una necesidad social, averigüemos, Señores, cuál debe ser la cualidad esencial de la ciencia médica, para que llene el fin de su institución en una sociedad civilizada. Desde dos puntos de vista puede ser considerada la Medicina en la sociedad: como ciencia adquirida mediante las observaciones prácticas, de las cuales se vale el profesor para investigar las causas de las enfermedades y deducir el modo de

(2) Eclesiastico, cap. XXXVIII, ver. 1º

combatirlas; ó como una aplicación asimismo práctica para curar las dolencias humanas: es decir, ó en el terreno puramente científico doctrinal, ó á la cabecera del enfermo.

Bajo el primer aspecto, la Medicina, ciencia experimental no puede estar nunca en contradicción ni con las enseñanzas religiosas ni con los dogmas cristianos. En efecto, la Medicina no puede menos de ser ciencia eminentemente religiosa: ¿os sorprende lo que acabo de decir?... Es un error vulgar eso de creer que la Medicina y la Religión se hallan siempre en pugna y no cesan de contradecirse y hacerse la guerra. Contradicción hay, guerra existe entre la Religión y la ciencia médica, cuyo criterio de verdad para juzgar de los fenómenos de la vida son únicamente los cadáveres, que despedaza con la cuchilla anatómica sobre el helado mármol de los anfiteatros; pero, con esa otra ciencia médica, que estudia al hombre como un ser corpóreo vivificado por una alma espiritual predestinada para fines inmortales, no hay ni puede haber contradicción. La armonía existe, la lucha es imposible.

Mi criterio de verdad son los sentidos, dice la ciencia experimental extraviada: yo creo únicamente lo que veo y palpo: lo que mis sentidos no perciben, no lo acepto. Y bien, ciencia: ¿estás segura de comprender lo que ven y palpan tus sentidos? ¿Dime ¿qué es la vida? en qué consiste?... La vida es la sucesión de fenómenos en el tiempo... y ¿sabes lo que es el tiempo? ¿Pudieras definirlo de manera que lo entiendas tú misma?... Yo, replica la Medicina anticristiana: yo no acepto como verdadero sino lo que comprendo; esos misterios oscuros que enseña la Religión chocan á una inteligencia ilustrada: la ciencia los rechaza como imposibles. ¡Ah! La madre fingida reclama para sí un niño vivo, que no le pertenece, y no quiere confesar que ese hijo muerto ha salido de sus entrañas: ¿no es matar la verdad negar la existencia del misterio? ¿No estamos rodeados de misterios? No somos nosotros para nosotros mismos un misterio? Los cuerpos, en cuya existencia se apoya la Medicina, los cuerpos, cuyas alteraciones bajo la influencia de causas físicas son el objeto primario de la Medicina, ¿qué son? ¿Sabe, por ventura, la Medicina cuáles son los constitutivos esenciales de los cuerpos?... Toma la Medicina la sangre que circula en nuestras venas, la saca del corazón hirviendo con el calor de la vida: esa sangre se le muere á la ciencia en sus manos, y así fría, helada, sin vida, la echa en el crisol de sus experimentos, la descompone, la transforma, la analiza: queda al fin, algo que existe, que se palpa, que se siente, pero que la ciencia misma no sabe lo que es; aunque, para consolarse de su ignorancia, inventa un nombre, forja una palabra, habla de la célula, pero ella misma disputa sobre la naturaleza de lo que imaginó haber explicado con un nombre!

Vencida en este primer encuentro, se acoge la Medicina anticristiana á la negación de lo espiritual, pero se contradice á sí misma. ¿Qué hace, en efecto, la Medicina, cuando quiere amputar un miembro vivo? ¿No acude al arbitrio de ligar al espíritu, de encadenarlo por algunos instantes, para ahorrar al enfermo el dolor y el sufrimiento? Mientras el espíritu está como aherrojado, por los remedios que privan de conocimiento al paciente, la cuchilla afanosa amputa los miembros enfermos, y salva la vida del hombre. Pero, esa misma cuchilla taja, parte y despedaza sin recelo los miembros de un cadáver: el escalpelo excrutador divide las fibras, desmenuza las arterias, separa las vísceras y destruye la obra de la naturaleza, para barruntar, por medio de los despojos de la muerte, en qué consiste el secreto de la vida. Rompe la cavidad cerebral y da con el instrumento de la inteligencia, con el cerebro, el órgano del pensamiento: una masa cándida, que no resiste al filo de la cuchilla, que la parte y descompone. Es un palacio solitario, un trono vacío, cuyo monarca ha huido dejándolo abandonado: es un instrumento músico que está callado, porque no se encuentra ahí la mano que lo hacía sonar. ¿Cuál es la cuerda que vibraba con las profundas investigaciones metafísicas de Aristóteles? ¿Cuál, la que se agitaba con los cálculos asombrosos de Laplace? ¿Cuál la que disonaba con las ridículas concepciones de un demente? ¿Cuál la que permaneció muda durante la vida de un idiota? La ciencia queda pasmada y guarda silencio ante los misterios de la naturaleza: el anatómico deja caer su cuchilla y acaricia con la mano su propia frente, como si quisiera amainar por un instante la violencia del pensamiento, que inflama su cabeza, la agita y atormenta. El espíritu protesta contra las negaciones de la ciencia: es el grito de la naturaleza, que la sentencia de Salomón arrancó un día del pecho de una madre.

Sin embargo, la rival de la Religión todavía no se da por vencida: discurre, cabila, inventa sistemas, excogita opiniones para explicar ciertos problemas que la traen inquieta: no descubre el secreto de ciertas dolencias que se presentan allí donde, según las previsiones de la ciencia, no debiera reinar más que la salud. Hay arcanos que desconciertan á la Medicina: de repente una epidemia desconocida se encruela en una población, y parece que las fuerzas ocultas de la naturaleza se hubieran conjurado para arrazar la especie humana de sobre la faz de la tierra.—En ciertas ocasiones las fuentes de la vida parecen emponzoñadas, y una generación trasmite á otra generación una causa perenne de dolor y un sello vergonzoso de ignominia: aquí es precisamente donde luchan la Religión y la Ciencia: ésta, no acertando á explicar la existencia del dolor físico en el mundo, blasfema: aquélla posee el secreto de esa explicación.

Ninguna ciencia, Señores, es á primera vista tan extraña á la Medicina como la Teología, y, sin embargo, á la Teología ha de acudir la Medicina, si quiere adquirir un conocimiento exacto de la criatura racional humana. Los fenómenos de la vida dependen de varias causas, ¿cómo devolverá la salud la Medicina, si ignora las causas más eficaces de las enfermedades y de las dolencias, que aquejan á la miserable naturaleza humana? En la Escritura leemos esta gran sentencia: El que pecare en presencia del Criador caerá en manos del médico. *Qui delinquit in conspectu ejus qui fecit eum, incidet in manus medici* (3). ¡Cuánta luz no arrojan estas palabras! . . . La tierra es un lugar de prueba, donde el hombre, abusando de su libertad, puede dañarse á sí mismo: el hombre no está ahora tal como salió de las manos de su Criador: siente poderosas inclinaciones á lo malo, y sus dolores físicos son á menudo una consecuencia del abuso moral de su libre albedrío. Si la Medicina ha de curar eficazmente las enfermedades que afligen al cuerpo humano, es indispensable que no olvide que ese cuerpo es el vaso fragil, donde está encerrada una alma inmortal. He aquí, Señores, la ciencia por la que el médico, según la frase de la Escritura, redime su nombre del olvido. El Dr. Miguel Egas, sincero católico, comprendió muy bien que la Medicina era una ocasión favorable para el mejoramiento moral del hombre; y sus lecciones ya sobre Anatomía, ya sobre Medicina legal iban enderezadas á hacer apreciar á los alumnos la influencia eficaz que el buen médico puede ejercer en bien de la sociedad. Injuriaríamos su nombre con sólo suponer que alguna vez sus conocimientos en Medicina le hicieron vacilar en sus convicciones católicas. *Disciplina medici exaltabit caput illius.*

## II

La ciencia del médico sería inútil, Señores, si acaso no tuviera aplicación práctica, porque, como hemos dicho, la Medicina es ciencia que tiene un fin social práctico. Mas ¿cuál deberá ser la prenda indispensable, esencial, para llenar el objeto de la Medicina y cumplir el fin social de una ciencia tan humanitaria? Será el saber? será la ciencia? serán los vastos conocimientos? ¿Será la honradez? ¿Será la probidad moral? ¿Será el desinterés? . . . La sociedad pone en manos del médico los bienes más preciosos de ella: la salud, la fortuna, el honor, la vida: salud, fortuna, honor, vida del pobre, del rico, del grande, del pequeño, del poderoso, del debil, del bueno, del malo, en una palabra, de todos universalmente. Un médico tiene un poder espantoso en la sociedad, tanto más temible cuanto es menos responsable: ese po-

(3) Ecl. cap. XXXVIII, ver. 15?

der discrecional lo ejerce impunemente. Y ¿qué aliciente mayor para el crimen que la impunidad?

Por esto, no basta que el médico sea sabio, ni que sea desinteresado, ni que sea honrado, ni que sea probo; es indispensable que sea prácticamente cristiano. Un sabio puede sacrificar la salud y hasta la vida misma de un pobre á la curiosidad criminal de un experimento científico: el desinterés no deja de ser gran virtud en un médico; pero ¿no podrá ceder á los embates de la amistad? á la influencia del poder? á una necesidad imprevista? . . . Al médico no se le confía solamente la salud corporal, se le confía también el honor, pues la ciencia descubre secretos de moralidad oculta: arcanos que en vano esconde el rubor, los ve á las claras el ojo del facultativo: ¿quién sellará sus labios, si no los sella la Religión? . . .

¿Podrá inspirar siempre el mismo interés la vida de un rico, que la de un indigente? ¿Vigilará un médico á la cabecera de un mendigo, como vigila á la de un acaudalado? ¿Quién puede juzgar y castigar los descuidos, las inadvertencias, las ignorancias de un facultativo? . . . Convengamos, Señores, en que la sociedad no puede estar tranquila, sino con médicos prácticamente cristianos. Por esto, la sociedad ecuatoriana descansaba en la integridad del Dr. Miguel Egas, pues á la cabecera del enfermo el Dr. Miguel Egas era un verdadero médico cristiano, que se acercaba al lecho del dolor con respeto á la dignidad humana, reconociendo un hermano en cada paciente.

El elogio, que acabo de hacer del Sr. Dr. D. Miguel Egas, es un testimonio de verdad tributado á sus virtudes personales; pero es también, al mismo tiempo, una merecida alabanza á la Facultad médica de nuestra Universidad, donde nunca se han sostenido errores, ni se ha enseñado sistema materialista ninguno. La ciencia médica ha seguido siempre opiniones sanas, sin apartarse un punto de las sublimes enseñanzas católicas: la Medicina ha progresado en Quito, pero no ha necesitado regenerarse.—El Sr. Dr. Miguel Egas fué, pues, aquel médico, á quien la Escritura Santa aconseja honrar. *Honora medicum.*

Hoy es, Señores, el día en que vosotros habeis puesto por obra ese consejo de los Libros Santos, honrando con estas exequias solemnes á vuestro benemérito colega: hoy es también el día, en que habeis sido testigos del cumplimiento de esta otra palabra de la Escritura Santa: El médico por la ciencia redimirá su nombre del olvido, y por la ciencia en presencia de los reyes será alabado. *Disciplina medici exaltabit caput illius, et in conspectu magnatorum collaudabitur.* Levantar la cabeza, en el Lenguaje de la Escritura, significa ser exaltado sobre los demás, adquirir dominio entre sus iguales, vivir en la memoria de todos.—Por la ciencia, añade el Libro divino, el médico será alabado en presencia de los reyes, en presencia de los magnates,

en presencia de los potentados de la tierra. *In conspectu magnatorum collaudabitur.*

Hay muchas maneras de reinar; muchos son los modos de ejercer imperio justo sobre los demás: no es rey solamente el que empuña cetro en la mano, y ciñe su frente con diadema; no, Señores: hay quien impera por el poder avasallador de la inteligencia; y el cetro del saber no puede nunca ser hecho pedazos en días de revoluciones y de trastornos!... Ahora yo (¿porqué no decirlo?) me veo en medio de vosotros, respetables magistrados de la República, ilustres profesores de las Facultades universitarias: me veo en medio de vosotros como en presencia de un senado de reyes ó una asamblea de potentados: llevais en vuestra frente la corona del saber, cuyo brillo realza el mérito de vuestra modestia; y en presencia de vosotros y por encargo vuestro, yo estoy haciendo el elogio del que fué vuestro maestro, vuestro colega. Así la sentencia de la Escritura ha tenido su cumplimiento.

Alabanza se ha prometido al mérito, y, ¿qué es la alabanza, Señores? ¿Quereis conocer lo que es la alabanza? ¿Deseais ahondar en lo que ella es?... En medio de lo pequeño, de lo efímero, de lo miserable de las cosas humanas; á pesar de lo mezquino del hombre, hay en la sociedad humana y en los pueblos civilizados tres poderes, tres grandes potencias, á cuyo imperio difícilmente se opone resistencia. Esos grandes poderes son el oro, la espada y la palabra: riqueza, fuerza y elocuencia.

El oro esclaviza y domina en la sociedad: á su poder es muy difícil resistir; pero el reinado del dinero es momentáneo, deleznable y nada seguro: acaba de ordinario en miseria, y de su triste dominación no queda otro recuerdo sino el envilecimiento de los caracteres, sobre quienes hubiere ejercido su influencia corruptora. No hay dominación más efímera que la del dinero: el mismo sol que alumbró por la mañana sus festines, calienta á menudo por la tarde los ateridos miembros de su indigencia.

La espada es el más terrible de los poderes; pero está condenado á no fundar nada sólido: cae al suelo con estrépito; su caída es solemne: he ahí, Señores, toda la gloria de la fuerza. Napoleón en Santa Helena, eso es el poder de la fuerza: ayer borró con su espada victoriosa los límites de las monarquías europeas; hoy contempla cabizbajo el vaivén de las olas del Atlántico, menos inconstantes que su fortuna!

La palabra humana es la única que sobrevive á toda ruina, es la única cosa humana que no perece, que no muere, que goza de un privilegio de inmortalidad: lucha con el tiempo y salva la memoria de lo que el tiempo destruyó. ¡Poder de la palabra humana! Si en el hombre miserable hay algo que tenga eficacia creadora, ese algo es la palabra humana. ¿Qué son los mismos

monumentos, si en ellos no graba el hombre, aunque no sea más que un geroglífico misterioso? . . . Nada al parecer tan debil como la palabra humana: leve ruido que se apaga en un instante: sonido que retumba y muere. Hablo, y mi palabra, esta palabra mía, este ruidecillo con que resuena el templo, este sonido que sale con esfuerzo de mi pecho fatigado, hiere vuestros oídos, y, al punto, levanta en vuestro cerebro, tocado por mi voz, un torbellino de ideas, una como tempestad de pensamientos, y luego, sin quererlo, sois otros, estais subyugados; ha prendido en vuestro pecho el fuego de afectos y pasiones que hace un instante no sentiais. La palabra es, pues, el único homenaje verdaderamente digno del alma inmortal.

¿Veis, Señores, ese ensañamiento, con que la muerte nos persigue? Ayer, lleno de vida, vigoroso, discurría por las calles de esta ciudad el Dr. Miguel Egas; ahora sus despojos mortales yacen en el sepulcro hechos presa de la destrucción, porque la muerte destruye y aniquila hasta los átomos de polvo, que del cuerpo humano sobran en lo más oscuro y olvidado de una tumba. Viéndose próximo á entrar en la eternidad, el cristiano profesor de las ciencias médicas, se abrazó de la cruz redentora, en cuyos misterios había creído sinceramente toda su vida, y cuyas promesas, objeto de su esperanza, estaba á punto de ver realizadas, y se durmió en el Señor. Acaba de ofrecerse la Víctima Divina en el altar católico, donde se expía toda culpa. Luche, pues, con el olvido mi debil, mi desautorizada palabra, y ojalá que, mediante ella, la memoria del Sr. D. Miguel Egas se conserve entre sus conciudadanos, y sea honrada por las generaciones venideras.

ASÍ SEA.

---

## ELOGIO FUNEBRE

QUE EL

SEÑOR DOCTOR DON MANUEL MARÍA CASARES,

COMO REPRESENTANTE DE LA FACULTAD DE MEDICINA,

LEYÓ EN EL SALÓN DE ACTOS DE LA UNIVERSIDAD

SEÑORES:



Los méritos preclaros de los hombres ilustres, cuya existencia ha pasado vigorosa, dejando en sus hechos el testimonio elocuente é irrecusable de sus virtudes, excluyen, para ser apreciados verídica y dignamente, toda exageración; ni requieren tampoco los encantos fascinadores de la oratoria ni los atavíos buscados en pomposo y vano lenguaje. La exactitud y la sencillez son las prendas obligadas para realzar y perpetuar la memoria de los hombres que, como el Sr. Dr. D. Miguel Egas, pertenecen á la historia, que severa é imparcial juzgará á este benemérito compatriota nuestro.

Todos vosotros conocisteis al ilustre profesor que, hace un mes, nos fué arrebatado por la muerte, y yo ningún esfuerzo tendré que emplear para convenceros de que es irreparable la pérdida que ha sufrido la Universidad Central y toda la Nación Ecuatoriana. Visteis y participasteis del profundo pesar con que lo más distinguido y selecto de esta culta Capital acompañó al Sr. Dr. Egas en los últimos días de su existencia, y no ignorais que sólo una honradez acrisolada y una reputación sin mancha cautivan el corazón de todo un pueblo. La prensa ha manifestado su dolor con muestras de inequívoca sinceridad, ha tributado justamente los honores que se deben á un ciudadano eminente por muchos títulos; y en el momento mismo de depositar los

mortales restos, oímos conmovidos las sentidas frases de la política y de la amistad; y ahora acabais de escuchar la palabra elocuente de la Iglesia, por medio de uno de sus más esclarecidos dignatarios.

Al trazar un ligero esbozo de la vida y merecimientos del Sr. Dr. Egas, un justo temor me arredra: mi incompetencia literaria va á desfigurar la decoración del hermoso cuadro que ofrecen sus relevantes virtudes domésticas, políticas y sociales; pero, en todo caso, opongo como baluarte inexpugnable para el desempeño del encargo con que se me ha favorecido, la verdad y sólo la verdad.

Nació el Sr. Dr. Miguel Egas en la ciudad de Otavalo el año de 1823, y fueron sus padres el Sr. D. Manuel Egas y la Sra. D<sup>a</sup> Rosa Cabezas. Pasaron en esta bella y encantadora comarca los primeros catorce años, tiempo dedicado al aprendizaje de las primeras letras, y además fué tan contraído y estudioso que llegó á aprender gramática latina; de modo que, cuando se trasladó á la Capital el año de 1837, vino ya con un no escaso caudal de conocimientos, y pudo hacer rápidos progresos en el Colegio de San Fernando. El año siguiente (1838) comenzó el estudio de Filosofía y Matemáticas, cursos que los completó con espléndido triunfo. Para demostrarlo, es de mi deber hacerlos escuchar el certificado que obtuvo del Sr. Dr. D. Manuel Angulo, nombre venerando que no se pronuncia, no se invoca sino con respeto y admiración por cuantos le conocieron, y aun, por los que no hemos tenido la felicidad de conocerle. Dice así: "Certifico con juramento: que el Sr. Miguel Egas, alumno del convictorio de San Fernando, ha asistido al aula de Filosofía de mi cargo, desde el 1<sup>o</sup> de setiembre de 1838, hasta el 7 de julio del presente año. Durante todo este tiempo, se ha distinguido no sólo por su buen comportamiento, por la bondad de su carácter y por su consagración; sino también por su exactitud, por su capacidad y talento sobresalientes y poco comunes y por su inteligencia y comprensión profunda y extensa. Además se ha granjeado no sólo las consideraciones de todos sus compañeros, sino también la estimación de sus superiores y del público por su aprovechamiento raro: ha dado con el mayor lucimiento pruebas en tres certámenes públicos, como también en un acto que sostuvo en honra de San Fernando en el primer año de estudios filosóficos. Para lo sucesivo merece las consideraciones de esta Universidad, por sus prendas, por su manejo arreglado hallándose distante de su familia y por la mucha pobreza. Quito, setiembre 7 de 1841. Manuel Angulo".

He aquí, Sres., trazada de antemano la luminosa carrera que debía recorrer el joven Egas; á los 18 años de edad era ya tan notable, que su afamado catédrico y profundo pensador, le predice que en "lo sucesivo merecerá las consideraciones de esta

Universidad". Las últimas frases del certificado me han impresionado: *por su mucha pobreza*, dice el Sr. Dr. Angulo con aquella perspicacia propia del talento, y quien le hubiera asegurado entonces que su aventajado discípulo no había de desmentir, ni una sola de sus proféticas palabras!

Después de concluir los estudios de Filosofía, é impelido por una como atracción invencible hacia el estudio de las Matemáticas, pasó á perfeccionarse en ellas bajo la dirección del Sr. Wise, hábil ingeniero de aquel tiempo; y llegó á sobresalir de tal manera, que obtuvo en recompensa un diploma muy honorífico.

Contaba apenas 22 años, y era aun estudiante de Medicina, cuando se le confirió el nombramiento de profesor de Química, previo el convenio de dictar dicha asignatura por el espacio de dos años, y de que se le dispensaría la cuota correspondiente al grado de Doctor. Este es ya un rayo de luz en la vida pública del Sr. Dr. Egas, que hace vislumbrar la prepotente energía é incontrastable firmeza que admiramos más tarde en todas sus acciones. No confiar sino en el trabajo y esfuerzo propio; rehuir toda mezquindad y vileza; no conocer ni el vocabulario de ruines y humillantes pasiones, es peculiar solo de los jóvenes que no constituyen la santa dignidad de la pobreza, y saben que la mejor, la única fortuna, es la de poseer una alma grande, y no aspiran sino á la gloria de proporcionarse una vida adornada por las virtudes, y ufana por la conciencia del deber escrupulosamente cumplido.

Era el año de 1847, y recibió la investidura de Doctor en Medicina; pero el ardiente deseo de acaudalar ciencia, para ilustrarse, le obligó á estudiar Jurisprudencia, y con su incansable actividad, sostenida por un claro y general talento, habría sin duda conquistado un lugar muy elevado en el Foro Ecuatoriano; pero el destino de las cosas humanas le ofreció acasión para seguir otro sendero. Salió á oposición en el año 1849 la cátedra de Filosofía en el Colegio Seminario de San Luis, y el Sr. Dr. Egas no vaciló un instante en presentarse á combatir, á pesar de la notoria competencia de su rival, el Sr. Dr. D. Pablo Herrera. Venció, y hasta el año 1862 probó que la victoria había sido dignamente ganada: jóvenes que más tarde han sido el ornato de la Iglesia, el lustre de las ciencias y de las letras nacionales han tenido el honor de figurar en el número de sus discípulos.

Corría el año de 1850 cuando se le distinguió con la honra señaladísima de ser nombrado miembro honorario del "Instituto de Africa". El Sr. de Villaret, Vicepresidente del mencionado Instituto, le dice en el oficio que le dirige al efecto: "el mérito y relevantes prendas intelectuales, así como los servicios que prestará á la ciencia, le colocan en la clase de los hombres más distinguidos del mundo civilizado, que componen el Instituto de

Africa". Semejantes elogios en boca de un sabio europeo son muy apetecibles y significativos, y deben de haber conmovido profundamente el corazón del joven médico, pues no tenía sino 27 años.

Elegido concejero municipal en 1852, al año siguiente pasó á desempeñar el cargo de Vicerrector de la Universidad. No parece sino que los honores y distinciones se disputaban á porfía: ser la segunda autoridad de un Establecimiento tan célebre como éste, á los 30 años de edad, es triunfo que sólo alcanza el mérito bien fundado y verdadero; y, cuenta que no escaseaban entonces hombres muy notables por más de un concepto.

En 1856 dirigió, como Administrador, el Hospicio de San Lázaro, y sería una injusticia no reconocer las importantísimas mejoras que introdujo en aquella casa de beneficencia.

En el Colegio Nacional de Guayaquil enseñó Filosofía el año de 1858, y tres años más tarde dictó la misma cátedra en los conventos de San Agustín y la Merced de Quito.

Cúpole además la preferencia de dirigir la redacción del "Periódico Oficial", desde el año 1859 hasta 1860, en que sus quehaceres cada día más numerosos y multiplicados le forzaron á renunciar aquel empleo.

El "Colegio de la Unión" le contó en 1861 en el número de sus profesores más sobresalientes, y para premiar en algún modo la pericia y maestría con que había dirigido la enseñanza de Matemáticas le condecoró con una medalla de oro.

En el mismo año, el "Consejo de Gobierno" le designa como á miembro de la "Academia Nacional Científica y Literaria"; y el Poder Ejecutivo le nombra Ministro del Tribunal de Cuentas, nombramiento que fué confirmado más tarde por las Cámaras Legislativas de 1863. En el ejercicio de este ministerio es donde el Sr. Dr. Egas conquista las páginas más brillantes de su vida pública; en él llegó á adquirir tan justo y merecido renombre, por su indisputable competencia, y sobre todo, por su integridad y honradez, que todos los Gobiernos, excepto el del General Veintemilla, le han considerado siempre como la mejor garantía del Tribunal, y como el más celoso defensor de la justicia, y el más inflexible perseguidor del fraude, y el más estricto en el cumplimiento de la ley. Ha muerto en el desempeño de este difícil é importantísimo destino, y ha dejado un vacío inmenso, el vacío que dejan los hombres que llegan á hacerse necesarios.

Parece que el año de 1861 había de ser uno de los más gloriosos para el Sr. Dr. Egas; pues en él resulta también elegido Diputado principal por la provincia de Imbabura y suplente por la de Pichincha. Tener 38 años y haber ocupado ya los mejores puestos en la vida pública, conquistando general aplauso, es una singular distinción capaz de enorgullecer á cualquiera que

no sea el Dr. Egas, quien lejos de asfixiarse con los honores, mantuvo siempre iguales su dignidad y su carácter, y sin arrogancia con los inferiores, ni bajeza con los superiores, no se manchó jamás con el apocado egoísmo, ni con la presuntuosa y necia vanidad.

Para el Congreso de 1867 vuelve á ser elegido Diputado principal por la provincia de Pichincha, y en esta ocasión se conduce con toda la entereza y rectitud del hombre independiente. Luchó con varios y difíciles incidentes parlamentarios, conservando su integridad con el mismo valor que después manifestó en muchas ocasiones. El hombre honrado, cuando mira la justicia en el fondo de su conciencia es más firme que una roca; y así le sucedía continuamente al Sr. Dr. Egas.

El terremoto del año 1868 había reducido la hermosa y fértil provincia de Imbabura á los estragos de la desolación y de las ruinas; nuestro ilustre profesor, nombrado Jefe de la "Comisión Médica", vuela al socorro de los infelices que sobrevivieron, y en dos días trabajó tanto que cuando fué el Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno, no pudo menos de sorprenderse al ver la infatigable actividad del Dr. Egas. Mucho bien hizo en esta ocasión, y con su prudencia, cordura y sagacidad libró á más de un infeliz de injustos atropellos; haciéndose respetar en circunstancias dadas con toda la energía de que era capaz.

Llega el año de 1870, se instala la "Escuela Politécnica" en esta Capital, y prendado de la sabiduría de los profesores que la componen, el antiguo catedrático no se desdeña de sentarse en los bancos del estudiante. Llamó tanto la atención de los sabios jesuitas alemanes, que éstos empezaron á distinguirle sobremedera; y el Excmo. Sr. Gabriel García Moreno le ofreció una remuneración, con tal que continuara estudiando en la Politécnica. Pero desgraciadamente, el cuidado de sus múltiples ocupaciones y de su numerosa familia le impidieron aceptar tan honroso ofrecimiento, y se vió en la precisión de abandonar estudios que le eran predilectos en sumo grado.

En 1872 se le nombra profesor de Anatomía y Cirujía; en 1875, nuevo nombramiento de profesor de Cirujía; en 1876, la Escuela Politécnica lo elige profesor de Física, y la Universidad, de Medicina Legal y Obstetricia.

En este último año, y durante el gobierno del Sr. Dr. Borrero, fué Tesorero Nacional, en cuyo cargo hizo notar una vez más la rectitud y pureza de su conciencia; desterrando el inícuo y odioso agiotaje que se hacía con los sueldos de los empleados pobres, y prefiriendo renunciar el destino antes que obedecer una orden injusta é ilegal. Favorecido con un alcance en la sentencia que expidió el Tribunal de Cuentas, tuvo la hidalguía de declarar que aquella suma no era suya, y que indudablemente pertenecía á alguno de sus predecesores.

Después de una brillante y lucida oposición obtiene en propiedad el año de 1878 la cátedra de Medicina Legal é Higiene Pública. Permitidme, Sres., que tribute ahora el homenaje debido á uno de mis mejores maestros: el año de 1884 me hallaba entre sus discípulos, y debo recordar en público las inestimables dotes que adornaban á nuestro malogrado catedrático. Sin tener en cuenta el saber é ilustración que poseía, dos cualidades sobre todo descuellan entre las demás: la primera, el afán con que procuraba inculcarnos ideas de esmerada educación médica, conector como era de lo repugnante que es la falta de urbanidad y consecuencia entre los médicos. No vacilaba en aconsejar se posponga á todo trance el interés propio, antes que labrarse un nombre á costa del crédito de los demás. ¡Feliz la generación médica que se levanta, si aprovecha estas máximas dignas de esculpirse con caracteres de oro!

La segunda cualidad, y por la cual brillará mucho la memoria del Sr. Dr. Egas, es el laudable empeño por ejercitarnos en el arte de escribir; sufría dolorosamente al ver que carecemos de Literatura Médica Ecuatoriana. Tristísima verdad es ésta: han figurado entre nosotros sabios médicos capaces de honrar una cátedra europea, y sin embargo no nos queda de ellos sino el recuerdo de lo que fueron; el fruto del trabajo, de los años y del talento ningún provecho produce para lo venidero y se pierde inútilmente. El erudito profesor nos estimulaba con el ejemplo, prueba de ello son varios artículos muy correctos y llenos de saber que publicó en varias ocasiones; y á sus discípulos nos obligaba á redactar informes sobre las diversas cuestiones de Medicina Legal é Higiene Pública. Es necesario principiar, nos decía, cuando uno es joven; de lo contrario, llegaréis á la vejez, y más de una vez sentiréis la desagradable inquietud de la vergüenza, al confesar vuestra impotencia para escribir cuatro líneas. Un profesor que no se limitaba á señalar lecciones, y que anhelaba el verdadero progreso de la juventud, no era indudablemente un profesor vulgar. Si algún venturoso día llegamos á tener Literatura Médica Nacional, nos veremos en la estricta obligación de hacer cumplida justicia al Sr. Dr. Miguel Egas, considerándole como á su fundador; y ni podrá ser de otra manera siendo como ha sido miembro de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Española. Carezco de la suficiente capacidad para juzgarle como literato; pero acepto y hago míos desde ahora los elogios que sin duda alguna va á tributarle la docta Corporación.

En el año que nos ocupa, y habiendo sido ya Vicerrector por segunda vez, durante el rectorado del Sr. Dr. Gabriel García Moreno, fué nombrado Rector de esta Universidad por la Junta General de Dres., cargo que lo cumplió con mucho acierto hasta el día en que el Presidente Veintemilla le desterró. No perteneciendo el Dr. Egas á las medianías que, bajo una apa-

rente severidad de costumbres y de una reserva calculada, poseen el arte hipócrita del bien vivir; antes, por el contrario, manifestando siempre sus opiniones con franqueza y libertad; no podía doblegarse ante los poderosos, y tuvo que padecer más de una prisión arbitraria. ¡Y quién lo creyera! hasta su ilustre amigo y condiscípulo, el Excmo. Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno, le puso preso un día, por haber intercedido generosamente por la vida de un amigo . . . ! Atestiguan sus compañeros de prisión que nunca le vieron temblar, que se mantuvo siempre con la sonrisa en los labios, conservando la serenidad y sangre fría de un valiente; ¿y cómo había de ser cobarde el que tenía limpia y recta la conciencia, y no cometió otra falta entre los hombres, que la de cumplir religiosamente sus deberes?

La vecina República de Colombia acogió entusiasta al ilustre proscrito ecuatoriano, y las autoridades se apresuraron á suplicarle se digne favorecerles con el caudal de sus luces y conocimientos. El que había nacido para enseñar, el maestro de dos generaciones, el que hasta por el aspecto tenía el porte venerable de un veterano de la Instrucción Pública, accedió gustoso á los deseos de la culta sociedad del Cauca. A su regreso al Ecuador, el pesar de nuestros vecinos del norte fué tan profundo, que llegaron al extremo de asegurar que deseaban la prolongación de la dictadura de Veintemilla, con tal que el Dr. Egas permaneciera entre ellos. De paso, apuntaré aquí un rasgo que corrobora cuanto hemos dicho á cerca del carácter de nuestro distinguido maestro. Era Rector y catedrático de Filosofía y Matemáticas en el "Colegio Académico" de Pasto; cierto día reprendió con justicia á uno de los alumnos, el padre de éste era hombre temible por la violencia de sus arrebatos, avisaron al profesor el peligro que le amenazaba, pero él respondió impassible: "no tengo miedo á nadie cuando cumplo con mi deber". Y efectivamente, el hombre tan temido por sus compatriotas fué el primero en alabar el procedimiento del benemérito Rector.

La sociedad de la "Unión Médica", el club "Ibero Americano", el "Ateneo de Quito", de cuya sección de Ciencias Naturales fué Presidente, la "Junta Patriótica de Pichincha", el "Instituto de Ciencias y Escuela de Agricultura" se han disputado después la honra de tenerle ya sea como miembro honorario, ya como socio de número.

El Sr. Dr. Egas no debía morir sin pagar á la ciudad que le vió nacer una deuda de gratitud; en ella recibió la primera enseñanza, y ha tenido la suerte de dejarle ahora una Escuela dirigida por los HH. de las EE. CC. Su valiosa influencia le proporcionó hace poco los medios de ser útil y agradecido al lugar de su nacimiento.

En fin, Sres., temo fatigar vuestra atención, y me abstengo de enumerar la multitud de comisiones que ha desempeñado, los

luminosas informes que ha redactado en los diversos y variados ramos de la Instrucción Pública; baste recordar que no ha habido acontecimiento notable en la historia científica y literaria de estos últimos tiempos, en que el nombre del Sr. Dr. Miguel Egas no haya figurado en primer línea. He revisado muchos documentos á este respecto, y he quedado sorprendido al ver hasta donde pueden llegar la honradez, la laboriosidad, el talento y la constancia. Empieza á figurar á los 22 años de edad, y desde entonces se conserva sin descender de la altura á que ha ido elevándose sin desmayar. Este es privilegio sólo de caracteres superiores; los débiles y mezquinos sucumben agobiados bajo el peso de la grandeza.

En las relaciones sociales, el Sr. Dr. Egas era el tipo del hombre culto y de maneras finas y distinguidas; su amabilidad natural alejaba de sí toda aversión ó enemistad. Relacionado con lo más escojido y honorable de la sociedad, tuvo también el dolor de asistir en los últimos momentos al Ilmo. Sr. Arzobispo Checa, y á su esclarecido condiscípulo el Excmo. Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno.

Si las virtudes cívicas de nuestro egregio compatriota fueron tan eminentes, es fama que las domésticas realzaban más, y mejor la bondad de su alma. Haber servido sin descanso 50 años á su patria gozando de lucrativos destinos, y morir en la pobreza, prueba es no sólo de ejemplar integridad, sino también de la munificencia que ejercitaba en bien de su numerosa familia, para la cual era honra, apoyo y sostén. Si la vida pública no es sino el reflejo de la privada, bien podemos afirmar que esta última en nada desdice de aquella, tratándose de hombres como el Sr. Dr. Egas. Ya que la desgracia ha caído terriblemente sobre su dignísima familia, nos resta á lo menos la consoladora idea de que ella sabrá aprovechar la hermosa herencia que forman los méritos del ilustre difunto.

Me parece ahora, que ya podemos sostener con razón que el Sr. Dr. Miguel Egas fué una de las personalidades más notables de la magistratura, de la política, de las ciencias y de las letras. Y aceptando la manera de pensar de Massillon, no vacilaré en añadir que ha sido verdaderamente grande. "No es en la elevación del nacimiento, dice el orador cristiano, ni en el brillo de los títulos, ni en lo extenso del poder ó de la autoridad en donde debemos buscar los caracteres de la verdadera grandeza. No son las estatuas, ni las inscripciones las que inmortalizan á los hombres; tarde ó temprano éstas son el juguete de los tiempos y siguen la corriente de las vicisitudes humanas. Los hombres no serán verdaderamente grandes sino cuando sean útiles".

Después de haber llenado dignamente su misión sobre la tierra, el Sr. Dr. Egas ha muerto con la tranquila serenidad del

hombre de bien, satisfecho de haber cumplido con estrictez todos sus deberes.

Perdonadme, Sres. dije antes que el Sr. Dr. Miguel Egas ha *muerto pobre*. Este decir, que no es sólo mío, patentiza que somos de barro, y que únicamente anhelamos por cubrir este barro engalanándole con el mentido fausto del oro corruptor, para ponernos al abrigo de las miserias del mundo. Pero no, Sres., mil veces nó. El Sr. Dr. Egas no ha muerto, ni menos en pobreza.

Nace el hombre y sus días están ya contados; peregrino en las duras pruebas de lo que llamamos vida, los días que pasan son los que mueren, porque se precipitan en los arcanos de la eternidad. El que sobrelleva su destino con serenidad y firmeza; el que sin jactancia llega á ser modelo de raras virtudes, dejando luz en su carrera, este hombre no muere; vive en la memoria y gratitud de su familia, de sus discípulos, de sus amigos y de su patria. El Sr. Dr. Egas no ha muerto.

El deslumbrador brillo de las riquezas del mundo no es sino mezquino reflejo de un foco en que se han concentrado los vicios más repugnantes: la avidez, el fraude, el suplicio de Tánlato. La verdadera riqueza está en el mérito del hombre integérrimo, bajo todo aspecto, y esta riqueza rechaza con dignidad todo cuanto pudiera deslustrar su divina brillantez. Desnaturalizados serían sus hijos, reprensibles sus discípulos, desleales los amigos é ingrata la Patria, si deploráramos la eterna separación del Sr. Dr. Egas, por decir que nos ha dejado pobres.

La Universidad Central del Ecuador está de duelo; pero no está en pobreza; los Superiores, los Profesores y los alumnos enriquecidos quedan con el inapreciable caudal científico, literario y político que les ha legado el Sr. Dr. D. Miguel Egas.

HE DICHO.

Quito, 10 de abril de 1894.

*Manuel María Casares.*

## A LA MEMORIA DEL SR. DR. D. MIGUEL EGAS.

---

Diéronse cita en la tumba del egregio ciudadano la Política y la Amistad, la Elocuencia Sagrada y la Ciencia Profana; y unidas, y vistiendo luto, fuéronse allá para arrebatár á la muerte su victoria.

Habló la Política y mostró al mundo esos despojos como el asiento en que por largos años se abrigó la inteligencia más recta; como el trono en que reinó la voluntad más enérgica; como el albergue seguro de la verdad más inquebrantable. Y lloró la Política por el *hombre incorruptible*; por que vió que en estos tiempos de común flaqueza, varón de ánimo levantado, aliento de los débiles y ejemplo robustecedor de los fuertes había sido el ilustre difunto. Palpó los estragos que la muerte y el egoísmo han hecho en las filas de los buenos y lloró porque perdía un intrépido adalid de esa falange. Pero la Política le ungió con el bálsamo de la inmortalidad y arrancó á la muerte ese trofeo colocando al *hombre íntegro* en el templo augusto de la Historia con la immaculada vestidura de su honradez, y la corona inmarcescible de su fortaleza para que fuese venerado de las generaciones venideras.

Habló la Amistad y, renovando dulces memorias, hizo ver en el muerto querido al amigo fiel, dotado de corazón generoso y de alma sensible. Nos le hizo admirar no sólo llevando con ánimo igual las miserias del destierro, sino procurando un hogar al compañero de ostracismo allí donde á él no le quedaban sino los recuerdos de la patria ausente. Vímosle discurrir afanoso por entre los adolescentes de remotas regiones con el pres-

tigio de su saber y el tesoro de su bondad y entonces nos enseñó con sus consejos y nos cautivó con su sabiduría. Lloró la Amistad por el *hombre generoso*, porque el mundo tiene tan pocos y, no pudiendo sufrir que la muerte se llevase para siempre tanta virtud, abrióse el corazón y en él guardó la memoria del amigo fiel; y en ese corazón vivirá mientras lata en el mundo uno siquiera de los que le llamaron con el sagrado nombre de *amigo*.

La Sagrada Elocuencia vió plantada la cruz en esa tumba y señaló al que la ocupaba como *hombre religioso*. Le contemplamos con la antorcha de la fe, siempre brillante y robusta, en la mano. Vímosle, misericordioso, llevando al enfermo la salud; prudente, guardando en el impenetrable arcano de su secreto, cual en otra arca santa, los restos de las ajenas honras salvadas del diluvio de los vicios ó de la humana miseria; abnegado, sacrificando su reposo y bienestar en pro del que sufría; y siempre creyente; y esas santas creencias fueron las que le sostuvieron y fortalecieron y ayudaron á practicar el bien. La Elocuencia Sagrada lamentó su muerte; pero le halló *digno de ser alabado entre los magnates* y merecedor de pasar á la posteridad entre los inmortales porque fué *hombre religioso*.

Habló á su vez la Ciencia y presentó ante nuestros ojos agoviada de coronas la venerable cabeza del difunto. Siguióle por el sendero de la vida y nos hizo admirar al niño segando con mano todavía insegura los laureles que brazos robustos no alcanzaron. Vimos al joven, viejo en ciencia, merecer la palma en las árduas y nobles batallas del pensamiento. Hombre ya, le oímos en la cátedra derramando en las mentes juveniles la benéfica semilla de la ciencia. Cultivador incansable, nunca le fatigaron sus labores y lleno de abundantes frutos en la vejez, le contemplamos imperturbable y sereno en su trabajo sin que un solo día cediese su puesto á la debilidad ó la indolencia. Atado al deber, jamás de él supo desligarse y fué siempre el espejo en que se miraron la más asidua laboriosidad y el más noble desinterés. Esto dijo la Ciencia y lloró al *hombre sabio* porque había muerto; pero se acordó de que la Sabiduría se asienta al lado de la Virtud en el templo de la inmortalidad y peleó la Ciencia con la muerte y la venció y colocó en

ese templo soberano al *hombre íntegro*, al *amigo fiel*, al *mortal virtuoso*, al *varón sabio*.

La Política y la Amistad, la Elocuencia Sagrada y la Ciencia Profana depositaron sus coronas en esa tumba sagrada; pero aun hay un lugar vacío y en él falta una corona; es la de la Gratitude. Aun no ha hablado y jamás supo callar los beneficios recibidos. ¡La Gratitude! ¡Cuánto dijera si toda la que se debe á esa tumba hubiese de hablar...! Desde el infeliz á quien devolvió el ilustre difunto la salud perdida hasta el hombre de Estado á quien enseñó con el ejemplo é ilustró con el consejo, todos deberíamos hablar movidos por la gratitude. Empero, manifiéstese aquí la de sus discípulos, la de sus últimos discípulos á quienes tantos favores dispensó. Llevemos á la tumba de nuestro venerable maestro la voz de nuestro agradecimiento y las lágrimas de nuestro afecto. A todos hizo el bien y su muerte ha llevado la aflicción á todos los corazones; pero si todos están unidos á él con dulces lazos, ningunos, después de los de sus deudos tan estrechos como los nuestros. Cumplamos, pues, con el justo anhelo de nuestra alma; paguemos al maestro siquiera una parte de la deuda de respeto y agradecimiento que le debemos; manifiestemos á la sociedad que no están flojos como ella se imagina los vínculos que unen á maestros y discípulos; protestemos que la muerte no ha podido romper los que nos unían á nuestro venerado maestro, pues ha de vivir su dulce memoria entre nosotros embalsamada con el incorruptible aroma de nuestra gratitude; y vivirá porque la muerte jamás tuvo poder sobre la virtud ni la sabiduría.

Quito, abril 10 de 1894.

LOS ALUMNOS DE MEDICINA LEGAL É HIGIENE PÚBLICA.

Lucindo Almeida

Maximiliano Ontaneda

Juan Antonio López

Alberto Sánchez.